

PEDRO BOSCH GIMPERA

1891 - † 1975

No es posible resumir en unas breves líneas lo que significó y significa todavía para la prehistoria española el gran maestro que acaba de desaparecer. Otros colegas con mayores méritos y mejor conocimiento escribirán sobre su vida y obra, sobre sus quehaceres y sus aficiones, sobre su vida pública y sobre su exilio. Por mi parte sólo puedo pergeñar unos simples comentarios —entre la anécdota y la crítica— en los que trato de dibujar mi visión personal del más ilustre de nuestros prehistoriadores.

Mis contactos con Bosch-Gimpera fueron escasos (Hamburgo, Burg Wartenstein, Belgrado) y no obstante me pareció, a través de nuestras cortas horas de conversación, como si fuese un amigo de toda la vida. Supe del maestro por primera vez en mis años jóvenes y en mi tierra alcoyana y fue don Camilo Visedo Moltó, amigo y paisano, quien durante las charlas y divagaciones mantenidas, campo a través, en nuestras excursiones arqueológicas me puso «en relación» con una gran cantidad de personas relacionadas con nuestras aficiones, entre las que destacaba la figura de don Pedro, que para el bueno de Visedo era hombre destinado a grandes empresas. Más tarde, ya de estudiante en Valencia, comencé a frecuentar el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación valenciana y allí observé con gusto que el nombre de Bosch era estimado y respetado, no en balde el entonces Director del S.I.P., don Isidro Ballester Tormo, consideraba al investigador catalán como elemento clave de nuestros estudios protohistóricos. Pero en todos aquellos años no me fue dada la posibilidad de establecer contacto personal con el Dr. Bosch-Gimpera. Las consecuencias de nuestra guerra civil hicieron todavía más imposible el tal contacto personal, tanto a causa del exilio del maestro catalán, como

por mis años de marginamiento postbélico. Vuelto a la luz pública, me integré de nuevo en el S.I.P. valenciano (1943) siguiendo mis aficiones. Allí entré en contacto con el Prof. L. Pericot, quien me acogió como colaborador. Con él la personalidad de Bosch-Gimpera volvió a proyectarse sobre mí como una sombra protectora en el quehacer de mis investigaciones, a pesar de que en aquella época ya había decidido el limitado campo de mis aficiones: el Arte Prehistórico, para lo cual creía que era absolutamente necesario conocer de primera mano las distintas etapas culturales de nuestra prehistoria.

Fue en 1958, con motivo del V Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, celebrado en Hamburgo, cuando conocí a don Pedro Bosch-Gimpera, gracias a los buenos oficios del Dr. Pericot. El recuerdo de esta primera entrevista surge ahora en mí de un modo borroso y difuminado. Tenía ante mí a un hombre sonriente, afable, con un inevitable puro entre sus labios, que me preguntó por lo que hacía, por mis trabajos, por mi futuro. Después, nos vimos envueltos en una charla general, propia de los congresos, en la que se habla de todo, se saluda a viejos amigos y se conoce a otros compañeros y colegas.

Años después tuve el honor de ser invitado al «Symposium sobre Arte rupestre del Mediterráneo occidental y del Sahara», celebrado en Burg Wartenstein (Austria), en 1960, bajo los auspicios de la Wenner Gren Foundation, y allí conviví ocho días con Bosch-Gimpera y otros prehistoriadores, entre los que se encontraban Breuil, Pericot, Lhote, Graziosi, Almagro, Moti, Ripoll, Bandi, etc. Fue allí donde comencé a comprender y a calibrar la valía del gran profesor catalán. Muchos años después, en 1972, volvimos a encontrarnos nuevamente con motivo del Congreso de Belgrado, durante el cual los españoles asistentes al mismo encabezados por los Profesores Pericot y Almagro ofrecimos una cena-homenaje al Dr. Bosch. Poco más de dos años después de aquel homenaje ha muerto el gran maes-

tro de la prehistoria española sin volver a pisar, firme en su exilio, su añorada tierra catalana.

La recia personalidad de Bosch-Gimpera destacó en todos los campos. En el científico, que es el que nos interesa, fue hombre capaz de salir de la limitada investigación dentro de nuestras fronteras y profundizar en la protohistoria europea. En una fecha temprana (1927) se atrevió a plantear una ordenación del Neolítico y del Eneolítico franceses y, más recientemente (1960-61), nos dio una interpretación —todo lo discutible que se quiera— del problema indoeuropeo. Pocos prehistoriadores españoles actuales pueden vanagloriarse de semejante esfuerzo y más bien nos encontramos en una posición opuesta, ya que gran parte de nuestros estudiosos miran los resultados de la investigación extranjera en nuestro país como resultados que hay que admitir por proceder de gentes superiores. Gran parte de la «grandeza» de nuestra investigación prehistórica actual se cifra en un servil y colonial sometimiento a los dictados de los especialistas de allende los Pirineos, en tanto que les resulta muchas veces difícil aceptar, citar o comentar los resultados de las investigaciones de sus colegas españoles, seguramente por aquello de que «el sant més lluntany es el que fà més milacres».

Sería curioso poder adentrarnos en el proceso biocultural de este hombre excepcional, que vivió intensamente su época. Se sintió siempre catalán y catalanista y sus libros —*Etnología de la Península Ibérica y Poblamiento antiguo y formación de los pueblos de España*— son, en cierto modo, una justificación de su ideología, ya que en ellos encontramos siempre latente, junto a la ordenación de los elementos culturales de los primitivos pueblos peninsulares, el «leit-motiv» de la gran diversidad de la población peninsular, mantenida y acentuada por el medio geográfico. Para Bosch-Gimpera España es «un complejo polinacional», cuyo equilibrio reside en sí mismo —territorio, elementos étnicos, valores espirituales— y no en la impuesta «unidad» centralista. Estas ideas son las corrientes en muchos de los intelectuales españoles y extranjeros de aquella época y muchos fuimos educados en ellas. Desgraciadamente, el autoritarismo —de origen comunista o fascista— se impuso en muchos países y las ideas de libertad, plurinacionalidad y autonomía fueron barridas por el vendaval de la incompreensión y autosuficiencia totalitarias. Ahora, tras etapas cruentas de desolación y de guerra, vuelven a renacer los mismos problemas, que sólo podrán solucionarse con una gran comprensión.

Pero este breve comentario sobre la personalidad de Bosch nos ha apartado un momento de su faceta investigadora y si bien en algunos aspectos se nos mostró como el gran adelantado de la prehistoria española con un gran sentido renovador, en otros mostró un conservadurismo a ultranza. Buena prueba de ello se encuentra en la serie de artículos que después del Symposium de Burg Wartenstein escribió sobre el arte rupestre levantino, cuya cronología paleolítica defendió y sostuvo a ultranza. La lectura de es-

tos artículos invita a reflexionar sobre el modo de ser «ex cathedra» del ilustre científico. Seguramente su carácter —fuerte y terco— le impedía llegar a rectificar o a aceptar resultados de la investigación ajena, aunque en esa posición no creo poder rastrear nada que se parezca al escolástico «magister dixit», sino a que más bien intentaba defender de ese modo la veracidad de su sistema de nuestra prehistoria.

Pero con rectificaciones o sin ellas don Pedro Bosch-Gimpera destaca como un hito señero en Prehistoria universal como un gran investigador y un mejor caballero. Con estas líneas he querido testimoniar mi gratitud, admiración y respeto al hombre y al sabio, que por ley natural acaba de desaparecer de entre nosotros. Sólo nos resta pedir, en frase del maestro, que nuestro país encuentre «la fórmula del equilibrio» que le permita encontrar la senda de la paz activa y creadora, en la que podamos hacer brillar la luz de nuestra investigación más allá de sus fronteras.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

JUAN BAUTISTA PORCAR RIPOLLES

* 1889 - † 1975

Uno de mis primeros trabajos críticos fue una recensión a varios artículos de J. B. Porcar, publicada en *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, 1946, sobre sus investigaciones en las pinturas rupestres levantinas. Este primer contacto intelectual fue seguido por otros de tipo personal con motivo de las frecuentes visitas que el gran pintor castellanense realizaba al Servicio de Investigación Prehistórica, en donde comenzaba yo mis andanzas por los campos de la prehistoria. Años más tarde, en 1950, con motivo de las excavaciones que llevé a cabo en el poblado ibérico de La Balaguera (Puebla Tornesa, Castellón) visité a Porcar en su estudio de Castellón antes de comenzar mis trabajos. Allí conocí las copias que llevaba realizando desde hacía años de las pinturas rupestres del Maestrazgo y escuché, de viva voz, una serie de enseñanzas y de recursos técnicos, que me fueron de gran utilidad en mis trabajos de investigación acerca del citado arte levantino. Años más tarde coincidí con él en varias reuniones científicas, entre las que destacó la llevada a cabo en Burg Wartenstein (Austria), dedicada al estudio del arte rupestre del Mediterráneo occidental y del Sahara. Después de esta reunión los contactos con el maestro fueron haciéndose cada vez más escasos y pasajeros, hasta que de pronto me llegó la noticia de su fallecimiento.

Juan B. Porcar fue un artista polifacético, pintor y escritor a un tiempo, trabajador incansable de amistad abierta y mano tendida, capaz de grandes empresas. Su iniciación

al arte levantino fue consecuencia de su incansable afán andariego por todas las tierras castellonenses, en busca de un paisaje inédito que pintar, un retablo nuevo que realizar, o simplemente gozar del campo y de los amigos que tenía por toda la provincia. Esto le llevó a conocer algunos de los muchos restos prehistóricos de su provincia hasta que en 1933, junto con Eduardo Codina y Gonzalo G. Espresati, descubrió las pinturas rupestres del Barranco de la Gasulla (Ares del Maestre), hecho que determinó su incorporación a la investigación del Arte levantino, que como se sabe es uno de los que más problemas a presentado a los estudiosos. Conocedor de sus limitaciones, dedicó sus esfuerzos a la copia fidedigna de aquellas pinturas, formando parte de la comisión, con Obermaier y Breuil, creada para el estudio de las pinturas de Cueva Remigia, cuya publicación fue acogida con aplauso por los estudiosos de aquel tiempo. Pero no sólo nos dejó el legado de sus magníficas copias, sino que también nos proporcionó una información amplia y decisiva, que podemos considerar como básica para el estudio técnico de las pinturas. El trazo lineal de contorno que servía de pauta para el relleno posterior de la figura con una tinta plana, el trazo caligráfico y miniaturista, la composición de la escena enmarcada dentro de un sistema romboidal de líneas oblicuas, la valoración de las mismas oblicuas como líneas de fuga de una primitiva perspectiva, etc., todo fue valorado con sencillez y sin pretensiones, con sólo su «saber» artístico, y ahí está incorporado a todos los estudios posteriores de arte rupestre levantino.

Me gustaría añadir que J. B. Porcar no fue un pintor cualquiera, sino una primera figura y así se le reconoció oficialmente en 1954 al concedérsele la Primera Medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes. También quisiera que en estas líneas quedase constancia de mi afecto por el buen amigo, siempre dispuesto a la ayuda del que iba a acogerse a su inmensa bondad.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

SALVADOR VILASECA ANGUERA

* 1896 - † 1975

En estos últimos años se baraja mucho en los medios burocráticos, tecnocráticos y administrativos la palabra investigación. No sé qué es lo que entienden por tal cosa los señores que desde sus covachuelas dirigen el cotarro investigador. Por el contrario, sí sé, por suerte o por desgracia, lo que es la investigación y lo que es un investigador, p. e., la obra y la persona de Salvador Vilaseca Anguera. Pero mucho me temo que mis conceptos, ideas y creencias sobre tales aspectos no coincidan con la versión

oficial (burócrata, tecnócrata, etc.). En nuestro país existen tres tipos de investigadores: los que así son considerados administrativamente, p. e., los del C.S. de I.C.; los que realizan investigación en la Universidad o en Centros privados; los que investigan independientemente, a quienes podríamos llamar los «francotiradores» de la investigación. De los primeros, todo el mundo conoce lo que es la administración española y depender de ella, para poder imaginar los resultados de tal investigación. Los segundos, entre los cuales me encuentro incurso, hacemos investigación cuando nos dejan, es decir, cuando nos dan dinero. Así, p. e., si uno en una oposición no vota al candidato del señor de turno que otorga el dinero, se queda sin éste y, por tanto, sin investigar. Los investigadores del tercer apartado, los «francotiradores», son los que haciendo caso omiso de las circunstancias oficiales, se dedican en cuerpo y alma a la tarea investigadora y buscan donde sea, dentro o fuera del país, los medios necesarios para llevar a buen fin sus trabajos. Tal fue el caso de Ramón y Cajal, de Severo Ochoa, es decir, de nuestros premios Nobel, o de otros que, como el Dr. Vilaseca, que sin haber sido nombrados para tal distinción internacional, han dejado testimonio imborrable de su paso por la ciencia, en nuestro caso, la prehistórica.

Si yo tuviera que escribir una biografía del gran prehistoriador catalán, necesariamente tendría que titularla, «Vida, obras y trabajos del ejemplar investigador Dr. don Salvador Vilaseca Anguera, hijo y enamorado de Reus, médico y prehistoriador». Creo que en este título quedarían perfectamente expresadas su vida, sus inquietudes, sus problemas y sus esperanzas, ligado todo ello a una inagotable bondad natural.

No voy a hablar aquí de su obra, en algunos casos polifacética. Sant Gregori de Falset, El Filador, El Llord de Rojals, etc., son trabajos de sobra conocidos para que intentemos aquí una rápida valoración de los mismos, que tan fecundos han sido para la prehistoria española. Sí quiero hacer constar, sin embargo, que gracias a Vilaseca la provincia de Tarragona es una de las más y mejor investigadas en los aspectos prehistóricos y protohistóricos de toda las españolas, lo cual es buena prueba de una «dedicación exclusiva», ese baremo remunerativo tan de moda entre los medios burócratas-universitarios, que están intentando convertir a la Universidad española en una oficina pedagógico-administrativa expedidora de títulos académicos.

Creo que todos hemos de aprender mucho del Dr. Vilaseca. Hemos de aprender de sus obras y de sus esfuerzos por elaborar algo útil, de su sentido de la investigación y de su trabajo continuado, lo que nos llevará al verdadero trabajo científico y no a enquistarnos en esas covachuelas pseudocientíficas en las que tienen asiento toda clase de ambiciones y apetitos que no tienen nada que ver con la prehistoria.

El Dr. Vilaseca con su bondad y su modestia, con su eficacia y su laboriosidad, dejando aparte su natural ta-

lento, es sin duda un ideal de vida científica en estos tiempos en que imperan la dactilocracia y la expedición de títulos al por mayor, cosas que tan grave detrimento están ocasionando en nuestras ordenaciones investigadoras.

Sirvan estas líneas y comentarios, inspirados en la recta trayectoria de este «francotirador» de la investigación, de homenaje a su obra y de acicate a aquellos que empiezan. La investigación de la prehistoria, en nuestro país, es dura y poco rentable. A pesar de ello, creo que podemos enorgullecernos de haber alcanzado una cota muy alta, como reconocía hace poco el hispanista norteamericano, Prof. Marichal. Esto ha sido posible gracias a hombres que, como Vilaseca, Bosch-Gimpera, Pericot, etc., se han esforzado por conseguir una investigación prehistórica independiente, que no paga «royalties» culturales al extranjero, al uso y abuso de la pseudoinvestigación científica que pade-

ceмос. El pasado año ha pagado nuestro país unos 23.000 millones de pesetas al extranjero por tecnología importada, en tanto que la Universidad sigue mendigando para poder continuar con su investigación. Ante estos hechos, creo que lo eficaz en Prehistoria es seguir trabajando con el mismo ritmo actual, con la satisfacción de haber tenido y de tener, todavía, hombres como Vilaseca, que nos permiten clavar en sitio cimero el pabellón de nuestra investigación.

A M.^a Luisa Vilaseca de Palleja, buena amiga y colega, y a todos sus familiares queremos testimoniar desde estas líneas nuestro sentimiento y condolencia por el que en vida fue colaborador de esta revista y siempre estimado amigo.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ